

Santa María Magdalena

Quisiera reflexionar sobre esta gran santa deteniéndome en tres aspectos de su vida y seguimiento de Jesucristo: en primer lugar, María Magdalena es ejemplo de “mujer libre y liberada”; en segundo lugar, ella es la “fiel discípula de Cristo”; y, por último, es la “enamorada del Señor”.

1. María Magdalena es ejemplo de “mujer libre y liberada”. San Marcos dice que Jesús había expulsado de ella siete demonios (cf. Mc 8, 2). No sabemos en qué consistía este mal que atormentaba a la Magdalena, pero sí estamos seguros de que Jesucristo la convirtió en una mujer completamente libre, pues solamente quien es libre está en situación de decir sí a Jesús y de seguirlo con todas sus consecuencias. Así hizo el Señor con sus discípulos. A Pedro y Andrés, a Santiago y Juan, los liberó de las redes de un trabajo alienante, ingrato, sin horizontes de futuro, aplastados por el peso de una Administración extranjera cuyos impuestos devoraban la mayor parte de sus sudores. Un trabajo que, lejos de dignificarlos como personas, los esclavizaba más y más. Jesús responde a sus anhelos de libertad: “Yo os haré pescadores de hombres”. Y, dejando las redes, lo siguieron. A Mateo, el cobrador de impuestos, lo liberó de un oficio degradante, mal visto por sus propios paisanos, y que convertía a quienes lo ejercían en personas sin escrúpulos, colaboracionistas del poder romano y codiciosos acumuladores de riqueza.

A María Magdalena la liberó de esos espíritus inmundos que la esclavizaban. Y nosotros, ¿qué espíritus inmundos necesitamos que sean expulsados por Cristo? Tal vez el espíritu de la envidia, del egoísmo y la soberbia, del odio y el rencor, el espíritu de venganza... ¿Qué cadenas nos atenazan en nuestra vida y deben ser quebrantadas? Posiblemente, las cadenas del consumismo irrefrenable, del placer egoísta, de la acumulación ilimitada de bienes materiales... ¿Qué redes debemos dejar en la orilla para convertirnos en “pescadores de hombres”? Quizás, las redes del negocio fácil, las redes del alcohol, la droga o el juego, las redes de unas relaciones personales basadas en el propio interés o en el abuso de los otros... Está bien claro, sin libertad no hay

seguimiento de Cristo. “Ser cristiano” y “ser esclavo” son realidades irreconciliables, contradictorias.

2. María Magdalena es la fiel discípula de Cristo. Después de su liberación, María ya no abandonará a su Señor, y estará con Él en tiempos de bonanza y en tiempos de tormenta. Sin duda, su seguimiento se caracterizó por una actitud de escucha atenta de Cristo. Y hacía lo posible por no perderse ni una sola palabra de su Maestro, ni un solo gesto suyo, presenciando sus milagros, curaciones y prodigios. Y todo ello lo vivía nuestra santa no aisladamente, sino en el seno de una comunidad de discípulos.

Y nosotros, como discípulos de Cristo, ¿buscamos los momentos necesarios para escuchar la palabra de Dios, para leer y meditar con sosiego el Evangelio? ¿Participamos asiduamente en los gestos de Jesucristo, en sus acciones milagrosas que hoy llamamos sacramentos? ¿Nos damos cuenta del gran milagro que se produce cada vez que se celebra la santa misa? ¿Vivimos nuestra fe no individualmente, sino en comunidad, sabiendo que somos Iglesia, que vivimos en una parroquia, que todos somos hermanos?

Por otra parte, María Magdalena, no lo olvidemos, era una mujer. En aquella época no era nada corriente que un grupo de mujeres anduviera mezclado con aquellos hombres que seguían al profeta de Nazaret. La actitud de estas mujeres era todo un desafío y una provocación a los ojos de cualquier judío. No es difícil imaginar el desprecio de la gente por este pequeño grupo femenino, e incluso no sería descabellado pensar en las miradas de reprobación de algunos de entre los discípulos. Jesucristo rompió con estos prejuicios y clichés, y María Magdalena actuó sin preocuparse de qué dirían los demás. Ella supo entender con claridad aquello que, más tarde, diría San Pedro: “hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”.

Los cristianos del siglo XXI: ¿tenemos la fortaleza suficiente para enfrentarnos a determinados prejuicios y esquemas ya establecidos? ¿O más bien nos preocupa qué dirán los demás, intentando ser “políticamente correctos” en todo? ¿Somos cristianos únicamente si nadie nos molesta o nos

critica? ¿O sabemos defender nuestra fe contra viento y marea, sin negar a Cristo cuando las circunstancias no son tan propicias?

3. María Magdalena es la mujer “enamorada de Dios”. Ella es, un “corazón inquieto”, un corazón rendido a los pies de su Amado, como la mujer del Cantar de los cantares. Ese amor tan profundo e incondicional ya no le permitirá separarse de su Maestro y Señor, incluso en los momentos de mayor dolor. San Juan nos dice que, al pie de la cruz, se encontraban la madre del Señor, María Cleofás y María Magdalena (Jn 19, 25).

Su ejemplo nos increpa a los cristianos de hoy y nos invita a ser fieles a Jesucristo, incluso hasta la cruz si es necesario. Su corazón de mujer, resquebrajado por la muerte de quien le había dado una nueva vida, la lleva hasta el sepulcro. No se resigna a despegarse del cuerpo del Nazareno. Sin embargo, éste es el momento en que su fe ha de superar una prueba de madurez. Aún no entiende que Él tenía que resucitar de entre los muertos. Cuando acude al sepulcro, no busca a Cristo vivo y resucitado, busca el cadáver de un muerto. Por eso, no reconoce a Jesús en aquel hortelano. Sólo cuando Jesús la mira a los ojos y pronuncia su nombre, ella se estremece en su interior y exclama: “¡Maestro!”. Para la Magdalena, contemplar el Rostro, la santa Faz del Resucitado, debió de ser como el primer amanecer de una nueva existencia, de un nuevo modo de vivir y ver las cosas.

Ante esta escena, me pregunto: ¿a qué Cristo estamos siguiendo: al que está muerto en el sepulcro, o al que ha vencido a la muerte? Seguimos a un Cristo muerto cada vez que vivimos nuestra fe de una forma rutinaria, cuando tenemos los sacramentos como una obligación que cumplir, cuando consideramos la fe como un conjunto de normas antes que como un sí a Cristo en nuestras vidas, cuando vemos a la Iglesia no como madre sino como madrastra, y a la parroquia como un grupo cerrado y no como familia abierta y misionera.

Quisiera que nos diéramos cuenta del tremendo misterio que acontece diariamente al celebrar la Santa Misa. El Señor hace cosas grandes a través de las cosas pequeñas. Cristo ha querido servirse de algo tan sencillo como el pan y

el vino para estar realmente presente entre nosotros. Quiso servirse de unos pocos panes y peces para alimentar a una multitud. Y quiso servirse de una mujer, cuyo testimonio apenas era tenido en cuenta por los hombres de aquel tiempo, para que comunicara la noticia más importante que el mundo ha podido escuchar: Jesucristo, el Señor, ha resucitado.

¿Cómo podemos tener tan poca confianza en nosotros y en nuestras posibilidades? ¿Cómo nos atrevemos a pensar que somos incapaces de hacer realidad el Reino de Dios en medio del mundo? ¿Acaso la Virgen María no se alegró porque Dios se había fijado en la humildad de su sierva, ese mismo Dios que enaltece a los humildes (cf. Lc 1, 47-55)? ¿Acaso Dios no manifiesta su fuerza a través de nuestra debilidad (cf. 2Co 12, 9)? No podemos poner excusas ante la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos, a nosotros, a su Iglesia. Y solamente un corazón locamente enamorado de su Señor puede exclamar con júbilo, como la Magdalena, que Cristo sigue vivo, aunque los demás no quieran escucharnos y digan que estamos locos de atar. Sólo un corazón inquieto y anhelante corre detrás de su Amado, como leemos en San Juan de la Cruz, cuyas palabras –con las que termino- bien podría haber pronunciado nuestra querida Santa María Magdalena (cf. también Ct 8, 6-7):

“¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.
Pastores, los que fuereis
allá por las majadas al otero,
si por ventura viereis
Aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.”

Novelda, 22 de julio de 2006